

EL ENIGMA DEL ESCLAVO

JUAN IVARS



LA INCREÍBLE ODISEA DEL ESCLAVO
ONÉSIMO PARA ALCANZAR LA LIBERTAD

¿Qué fue lo que empujó a este esclavo a arriesgar su vida para alcanzar la libertad?

En la segunda mitad del siglo I d. J. C., el esclavo Onésimo escapa de Colosas, pequeña ciudad de la provincia romana de Asia y llega hasta Roma. Algún tiempo después volverá para enfrentarse a su amo sin más armas que una carta.

¿Qué puede empujar a un esclavo de los tiempos del Imperio romano a jugarse la vida en busca de la libertad? ¿La rebeldía? ¿Una gran pasión? ¿Y qué le lleva, años más tarde, a regresar a la casa de su amo aun a riesgo de exponerse a las represalias?

Onésimo, el esclavo de Filemón, nos descubre con su odisea el itinerario del que busca apasionadamente. A lo largo del camino va desvelando al lector algunos hitos de la expansión de los primeros cristianos por las riberas del Mediterráneo desde la visión del que soporta el estigma de la esclavitud y el peso del destino.

El laurel que coronará esta audaz aventura de un esclavo será también nuestro premio: la carta de san Pablo a Filemón, un documento que trasciende el tiempo, un tesoro que ilumina las relaciones entre los hombres, que también hoy se agitan agobiados por innumerables dependencias o penosos desarraigos.

A mis padres, que me indicaron con pocas
palabras el camino de la libertad.
A Ade, que lo recorre conmigo alegremente.
A mis hijos, que lo iniciaron por sí mismos,
convencidos, sin titubeos.

1

EL ESTIGMA DE LA DIVISIÓN

Hacia las siete ciudades escogidas

Eliezer terminó su turno en el Templo muy abatido. El silencio en la penumbra, tras haber avivado las brasas y renovado los aromas, le proporcionó una clarividencia profética. Había entrevisto el porvenir de Israel: «¿Qué estás haciendo con nosotros, Señor? ¿Qué ha sido de tus promesas? — imploró—. Hemos luchado por conservar tu Templo, por mantener incólume la Ley... No hemos cedido ante la blasfemia. Jerusalén se humilla ante las águilas mientras la luz de la menorá^[1] languidece. Has abandonado a tu pueblo y callas. Pero yo hablaré tan alto que Israel no percibirá tu silencio», concluyó, descompuesto.

Abandonó los atrios a zancadas. En cuanto llegó a casa recibió a un viejo criado con ojos y oídos en la secta del Nazareno. Escuchó sus últimas confidencias. Después envió recado a Ananías, sumo sacerdote, y a Hanán ben Hanán, que lo había sido, para una reunión de urgencia. Sobre las espaldas de sus invitados y la suya propia recaían todas las preocupaciones de las Doce Tribus que habitaban tanto en Israel como en la Dispersión.

—Escuchadme. Ha llegado el momento de actuar. Los nazarenos han decidido prescindir de la circuncisión: reniegan de la Ley, de la Alianza y las promesas del Altísimo.

Muchos de sus adeptos están desorientados y ahora desconfían. El estigma de la división ha penetrado la secta.

—Sabíamos de una asamblea de sus presbíteros^[2] aquí en Jerusalén... —intervino Ananías—. Esa medida hará que muchos abandonen.

—Su situación es muy delicada —prosiguió Eliezer—. Se han visto obligados a tomar algunas precauciones: Jacobo ha tenido que enviar una carta «a los judíos convertidos, a las Doce Tribus de la Dispersión^[3]» para acompañar la resolución de aquella asamblea. Es un texto inteligente; impone silencio a los suyos de una forma muy sutil. Además, para reforzar la autoridad del veredicto que exime de la circuncisión, envían a las comunidades a dos de los principales junto con Saulo de Tarso. Hay quienes no acaban de fiarse de él porque, dicen, «no es uno de los Doce elegidos» y se atreve a predicar sin un mandato de éstos. En fin, ya disponemos de suficientes piezas para levantar un monumento a la deserción: manifiesto desprecio de las tradiciones patrias, espíritus confundidos, inseguridad jurídica ante Roma... Ahora es preciso convencer a unos cuantos de que no lo hagan, de que no se muevan. Debemos hacerles ver que el Omnipotente les llama a una reconversión de la secta desde dentro...

—Además, convendría fomentar la deslegitimación de Saulo de Tarso —apuntó Ananías.

—Es una observación muy oportuna que subrayaré a quien se hará cargo de los asuntos de la secta.

—¿Has pensado ya en alguien para esta misión?

—En Acana Barsebá, condiscípulo del mismo Saulo. Aún le sangra la herida que le dejó la deslealtad de su amigo.

—Te lo iba a sugerir...

—Maestro Acana Barsebá, comisionado del Gran Sanedrín de Jerusalén, con plenos poderes para establecer los consejos de las sinagogas en las provincias, con potestad y ju-

risdicción para recaudar el medio siclo de plata para el Templo del Señor, para denunciar ante las autoridades del imperio la impiedad de la secta de los nazarenos, con autoridad para transmitir este mensaje del Altísimo: «La observancia de la Ley es la garantía de la incorruptibilidad. Fuera de la Ley no hay salvación posible».

Con estas solemnes palabras recibió Ananías, sumo sacerdote, a Acana en el atrio de los Sacerdotes del Templo para entregarle las credenciales y una bolsa con monedas, y darle su bendición antes de la partida.

Cumplidos los trámites, Eliezer salió con Acana por el atrio de las Mujeres hacia la puerta Hermosa. Mientras paseaban, el *sanedrita* le iba diciendo:

—Me complace vuestro plan de viaje, maestro Acana. Tened en cuenta que es indispensable que vuestro acceso a sus comunicaciones sea discreto. Haced con los sellos. Conseguid el de Saulo de Tarso, o una buena réplica. Interceptad las cartas: circulan copias entre todas las comunidades; corregid algún detalle. Siempre que podáis, comentadlas en privado con algún joven inquieto de espíritu crítico. Buscad las ocasiones. ¡Infiltraos! Ya sabéis: interpretadlas, refutadlas, argüid en público a la luz de la Tora... ¿Cuándo partís?

—De inmediato. Tengo que darme prisa, ya debería estar en camino.

—¿Teméis que Israel desaparezca si no os apresuráis?

—Es imposible que Israel desaparezca. El pueblo de Israel es eterno. El tiempo de Israel es el tiempo del Eterno.

—Palabras inspiradas... ¿Os acompaña alguien?

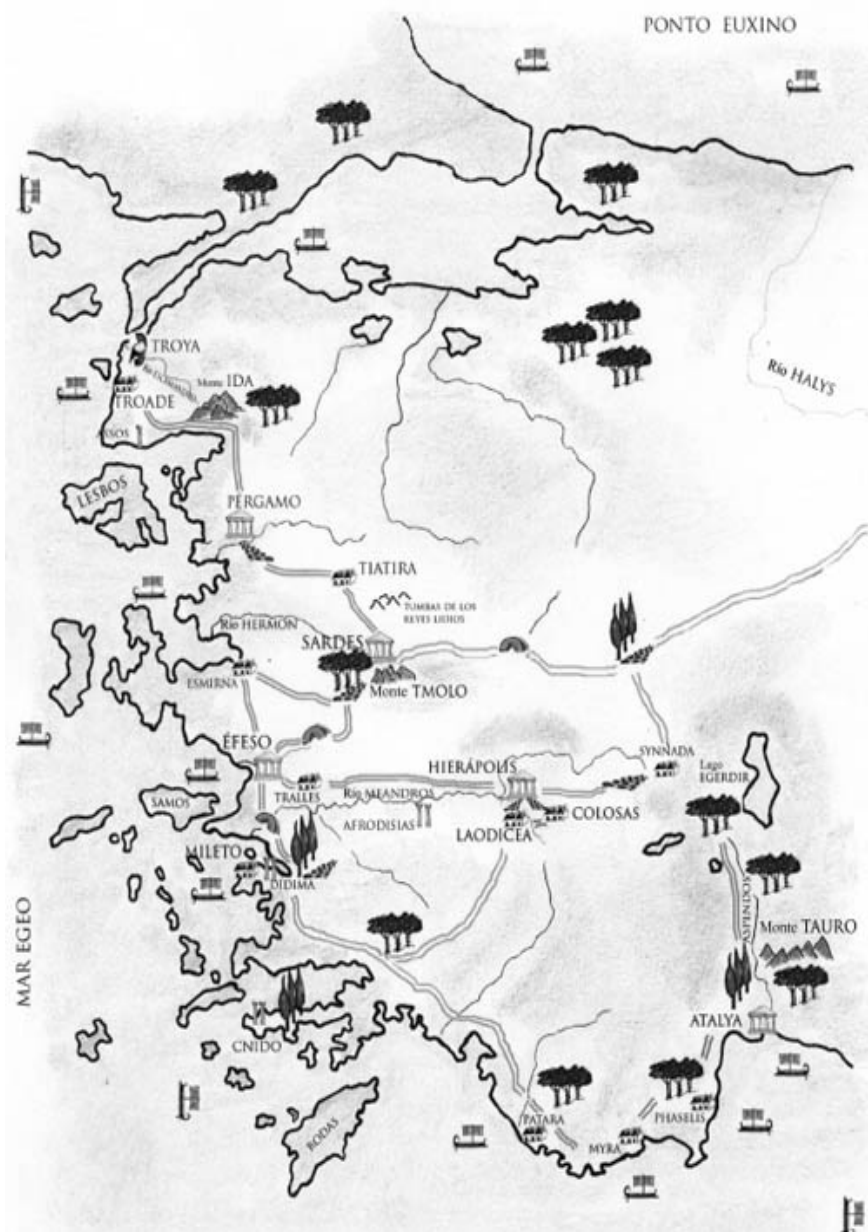
—Viene conmigo un joven de nombre Caleb.

—Recordad, maestro: vuestra autoridad para recaudar entre nuestros hermanos de la Dispersión proviene del Sanedrín. Roma respalda esa autoridad con su poder. Ejercedla. La observancia de la Ley también conlleva el amparo del imperio. Pensad que, entre servidores y proveedores, más

de veinte mil bocas dependen del Templo. Y ya sabéis lo que podéis retener para vos.

Acana Barsebá, acompañado del joven Caleb, partió desde Cesarea Marítima en una nave con escala en el puerto de Atalya de Panfilia. Desde allí, tras recaudar en aquella región y en Pisidia, visitaría las siete ciudades^[4] escogidas por el favor del Todopoderoso, donde prosperan las sinagogas más florecientes de Asia. Empezaría por Laodicea y Colosas, por las ciudades del valle del Lyco, para después llegar a Éfeso y Esmirna. Luego pasaría a Macedonia y Tesalia desde Tróade. Y finalmente, a Atenas y Corinto. Para entonces el Altísimo se habría compadecido de Israel, habría hecho fructificar su trabajo y habría acabado con la abominación del Crucificado. Así le había descrito el viaje al maestro Eliezer.

COSTA OCCIDENTAL DE ASIA MENOR (s. I d. J.C.).
PRINCIPALES PUERTOS DE MAR Y
RUTAS DE COMUNICACIÓN





2

ONÉSIMO: ANSIAS DE LIBERTAD

Puerto de Atalya

Onésimo llegó con los carros al puerto de Atalya antes de la primera luna de marzo, cuando las naves aún no habían iniciado sus cabotajes. Procuraba ser el primero en ocupar plaza de estiba en las logias del muelle de poniente.

Filemón de Colosas, su dueño, era persona avispada en los negocios. Por alguna razón incomprensible, había puesto en manos de Onésimo el éxito de aquella empresa en ese año singular, una temporada comercial decisiva que exigía una atención muy cuidadosa: el amo casaba a su hija Armita con el joven Sedas, hijo de Tesalio Varrón. La boda suponía arrancar una buena parte del patrimonio para la dote, y las partidas de vino en botas de badana, los lotes de carne salada de ciervos cazados en los bosques de Pisdia y de novillos de los rebaños propios, las alfombras de lana, tejidas con hilos de fibras tintadas, púrpura y terracota, añil y verde; la partida de lámparas de cobre, los esmaltes varios y las esencias de rosa y lavanda de los soleados campos que descansan sobre las ladera del Tauro para los puertos de Siria y Alejandría suponían —en tales cantidades— un riesgo comercial desmedido. «Demasiada responsabilidad —pensaba Onésimo—, pero el amo no perderá de vista a su Armita ni un día mientras la tenga en casa...».

La casa de Filemón de Colosas no quebraría por un contratiempo, pero no podía tambalearse frente a sus consuegros, estirados y picajosos. Gente de Hierápolis. Por eso el amo Filemón había exigido a Onésimo una atención especial y gastó dinero en protección para el camino. Su fortuna ya había sufrido una mordida importante cuando decidió, después de muchos dolores de cabeza, abandonar el negocio de las medicinas y los ungüentos. Fue el padre del amo Filemón quien se inició en los misterios de la mandrágora, la amapola y el jacinto, y los poderes benéficos que despliegan cuando se sabe administrar los jarabes. Pero aquellas plantas mágicas, que habían demostrado su eficacia para proporcionar placeres imposibles, feliz fecundidad a las estériles, alivio en la cirugía, remedios útiles para los enfermos, eran incompatibles con su nueva vida. Pocos años antes había dejado decididamente en manos de Tesalio Varrón y su familia la exclusiva de tan productivo negocio «por un escrúpulo moral que parecía le había venido de repente», como se decía por la ciudad. Pero no le reveló ni una sola indicación sobre las ceremonias y evocaciones de extracción, ni los conjuros y sortilegios precisos para administrarlos: «Ve a Éfeso, busca en el altar de Hécate, señora de la jauría del Hades, en el templo de Artemisa; ella te dará la ciencia que precisas», fue todo lo que le dijo Filemón a Tesalio Varrón.

Apfia, el ama, al principio no lo entendió. Inexplicable y absurda actitud la de su esposo Filemón. Le perdonaba a él, pero no podía digerir que los frutos del negocio fueran a engrosar las despensas de la desvergonzada Iliria Varrona; a fin de cuentas, una hetaira que presumía de la promiscuidad de su esposo quien, por hombre, necesitaba de cuatro como ella, según le mentía sin el más mínimo rubor. Se lo repetía de tarde en tarde, enfatizando, y Apfia se salía de sus casillas: «Ahora será ésa la que se relama con las pócimas de excitación erótica. Mandrágora de Circe. Puta».

Entonces no podía sospechar que acabaría teniéndola por consuegra.

Los amos de Onésimo no habían sido los únicos que tuvieron que cambiar muchos hábitos y despojarse de muchas cosas desde que Epafras, al volver a casa, les habló de Pablo y del Señor Jesús, del Crucificado. Él lo había notado. Desde entonces, las cosas en casa de Filemón se hacían de otra manera.

Onésimo sufría ante tanta responsabilidad. Aquel encargo le venía grande. O al menos así se lo parecía: seis carros de cuatro ruedas, con tiro de cuatro pencos, eran muchos carros, muchos caballos y mucha moneda que proteger. Además, debía asegurar las cargas contratadas en Galacia y que aún tenían que llegar para incorporarse a la expedición para Cesarea. Y, por si fuera poco, contratar el transporte de vuelta a casa con mercancías para Laodicea, Hierápolis y otras villas y aldeas de la Caria y Frigia. Y de vuelta, dos carros más que a la ida, con telas preciosas tejidas con hilos finísimos de más allá de las tierras del Éufrates. Todos esperaban con ansiedad el sándalo, el incienso, paños, sedas y semillas de cereales de las tierras junto al Nilo, así como las noticias de Roma, de Alejandría, Jerusalén y Antioquía, y sobre todo las novedades que de boca de los marineros llegaban de Tarsis y los pueblos próximos a las columnas de Hércules. Pero él llevaría los carros de vuelta. Tenía que demostrarse que podía con cuanto le echaran a la espalda, convencer al amo de que aún podía llegar a más y darle una alegría a Eumates, su padre, que siempre había confiado en él, en sus arrestos para no encogerse ante una dificultad.

Hacia mediados de febrero decayeron los vientos fríos, afilados y penetrantes del Tauro; la suavidad de los aires vespertinos se dejaron sentir más suaves, con un empuje sostenido que excitaba la impaciencia para hacerse a la mar. Al decir de los marineros se avecinaban buenos días para la navegación porque el vaivén ordenado de las brisas

presagiaba vientos de bonanza. Pero era prudente esperar la llegada de las primeras naves imperiales desde Chipre y Seleucia: daban cuenta de la seguridad en las travesías.

Poseidón estaba de enhorabuena pues Eolo peinaba con tacto la superficie del mar.

Gálatas errantes

La taberna estaba siempre llena de gente. El vocerío dificultaba la conversación posible, chapurreada en un griego que todos entendían. Onésimo se aproximó a un grupo de hombres concentrados sobre un trozo de papiro.

—¿Qué leéis? —preguntó intrigado.

—Notas familiares. Toma, lee, quizá te sea útil lo que dice...

Onésimo se encontró ante un escrito de caracteres confusos y trazos débiles.

—¡Bah! No es griego ni frigio. Te burlas de mí...

—Eres entrometido... ¿Quién te enseñó a leer?

—Apfia, la señora de la granja.

—¿Ella sabe leer?

—Lee y escribe. Apunta números y calcula. Aquilata la plata de los sestercios y los dracmas que se reciben en la casa y anota cuanto gasta. Es una sabia administradora.

—Es la lengua de nuestros antepasados —respondió uno de ellos, divertido.

—¿Quiénes sois? Yo me llamo Onésimo. Soy capataz de la casa de Filemón de Colosas.

—Entonces serán para ti las mercancías que traemos.

—Os esperaba —confirmó Onésimo.

—Somos tres familias de galos que esperamos embarcar hasta la Itálica y seguir nuestro camino en paz hasta descansar en las campas de nuestros antepasados. Mi nombre es Anteatés, de la tribu de los pictones que habitaron las riberas del Liger, un río ancho y manso. Ellos —señaló a

sus compañeros— son senones, de los valles entre el Sequana y el Matroma.

—¿Puedo sentarme con vosotros? —preguntó Onésimo—. ¿Por qué dejáis vuestras casas? ¿Contendéis con los vecinos? ¿Tuvisteis malas cosechas?

—Anda, siéntate y come algo. Preguntas mucho.

Se hizo un hueco entre ellos sobre el banco de madera, largo y ancho, un tronco de una pieza a prueba de las frecuentes reyertas a causa del orden del pasaje, y se dispuso a comer de la olla que acaban de servir.

—Yo pagaré mi comida, amigos gálatas.

—Eso seguro.

Se aplicó de inmediato al puchero sin dejar de mirar de reojo a los tres galos. Observaba con curiosidad la barba rubia de uno de ellos, la altura de otro, que sobresalía una cabeza, la palidez de los rostros de todos, los ojos claros. Su parar jovial y distendido contrastaba con fuerza con la manera adusta y taciturna que acompaña a los hombres de Lycia y Frigia.

—¿Ya no quieres saber? —le preguntó uno, entretenido, viéndole comer.

—La sabiduría puede esperar, no se enfría.

—Y tú, Onésimo, ¿también vas a embarcar?

—No. Recogeré mercancías procedentes de varios puertos y después entregaré la carga en distintas ciudades. Conduzco una caravana de varias carretas.

—Tenemos cuatro mulas y dos tiros de bueyes que vender. Puedes conseguirlos a buen precio.

—Los veré. Ahora decidme de qué huís.

Anteats llenó de vino los vasos de sus compañeros, adelantó el brazo hacia el de Onésimo —aún se relamía con los posos de la olla—, y le llenó el cuenco. Él se quedó la jarra. Dio un trago largo y dijo:

—Todas las naciones inesperadamente se han vuelto impacientes. Se agitan. Se percibe entre los nuestros y cuando visitas los pueblos vecinos. Sabemos que es un pre-

sagio. Los druidas nos aseguran que las runas se muestran inequívocas: esta impaciencia anuncia que se ha abierto una brecha en el imperio.

—¿Son acaso los vaticinios de vuestros druidas más ciertos que el oráculo de Apolo en Dídima, que aseguró una dilatada época de paz? ¿Quién provocará esa ruptura y desafiará la voluntad de los dioses?

—De verdad, nadie lo sabe; aunque hay una nueva secta que asegura que él ya está entre nosotros. Se trata de un hijo de los dioses y es aquel que todos esperan.

—Corréis un gran riesgo con este viaje —replicó Onésimo—. El mar es veleidoso como el corazón de una mujer, poblado de nereidas^[5], oceánides^[6] y otras criaturas a las que Poseidón apenas puede contener. Y no tenéis ninguna seguridad de qué vais a encontrar al final del trayecto. ¿Seguro que os compensa tanto esfuerzo?

—Vamos a las tierras de nuestros antepasados. Los augures muestran que aquel que esperamos se ha hecho presente allí y viene a devolver el esplendor a los pueblos. Nos dicen que el hombre que llega con las brumas de las islas del norte es la luz de las naciones. Es mejor salir a su encuentro allá donde esté, que esperar lánguidamente sobre tierra ajena. Aquí, nuestros cantos en las aldeas se han vuelto melancólicos.

—Desde la muerte de nuestro rey —intervino otro—, abandonamos poco a poco el culto debido a nuestros dioses, celosos cuidadores de la vida de la naturaleza, y ellos, ayunos de nuestros sacrificios, perdieron su vigor y se sometieron al poder capitolino. Nosotros perdimos su favor y ahora el Olimpo nos desprecia. Nos quedamos a merced del destino, de la magia. Estábamos solos. Comprendimos que entre los montes capadocios nuestras posibilidades de encontrar respuestas se habían esfumado: ya no había elección posible. Desde entonces no sabemos a qué atenernos. Hemos perdido la libertad.